

**Tarsia, Pablo Antonio de, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, ed. María Rocío Lepe García, Huelva, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2020, 196 pp. (ISBN: 978-84-18280-09-2)**

El 16 de julio de 2020 concluyó el proceso de publicación de la única edición crítica y anotada de *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas* de Pablo Antonio de Tarsia (1619-1665) con la que contamos hasta la fecha. Dicha edición ha sido llevada a cabo por María Rocío Lepe García y cuenta con el respaldo del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, bajo cuyo sello se ha editado, y del Proyecto I+D+i *Vida y Escritura I* (VIES, FFI2015-63501-P) financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Tras el índice (p. 7), el prólogo (pp. 9-13) sintetiza las distintas facetas de Quevedo y destaca su trascendencia; como apunta la editora, de ello dan cuenta tanto las alabanzas y vituperios literarios o las traducciones de sus obras —con su influencia en autores extranjeros— como, efectivamente, las biografías. La primera de las oficiales (que incluye a su vez el primer retrato del autor) fue la publicada en Madrid en 1663 y redactada por Tarsia, teólogo napolitano —no olvidemos la relación del madrileño con Italia— a quien debemos, entre otras cuestiones, el «clasificar los escritos de Quevedo en dos grupos —satíricos y morales—, como las ediciones de su obra han mantenido hasta nuestros días» (p. 13). En su biografía sobresale «una indiscutible voluntad apologética —e incluso diríamos hagiográfica—» (p. 12), decisión de la que parece depender la elección para su relato del perfil quevediano «del hombre virtuoso, moral, religioso, trascendente» (p. 13). A dicha preferencia se debe el ocultamiento de las restantes facetas, cuya presencia atenúa el biógrafo a través de referencias a la variedad o el entretenimiento del lector, según las observaciones de Lepe García.

El estudio (pp. 15-56) que sucede a la presentación de la obra y de su autor, precedido por una cita de *Vida de Marco Bruto*, constituye el núcleo no literario de la edición, y aporta numerosos datos y referencias bibliográficas de un texto no demasiado estudiado, pero con gran peso en la crítica posterior. Se divide en seis apartados desarrollados con idéntica seriedad y profundidad, y cuyo valor intentaremos condensar a continuación.

«La biografía de Quevedo: un proyecto dirigido» (pp. 17-24) profundiza en la concepción de la obra por parte de Tarsia y en sus posibles estímulos creativos. Afrontar la biografía de un autor consagrado constituía una novedad para el italiano, anteriormente centrado en su faceta de historiador, y que pudo ver garantías de éxito y / o poder en esa figura tan vinculada a Nápoles. Aunque su devoción por Quevedo se desarrolló probablemente a partir de 1644, se trata de un cúmulo de hechos que, añadidos a otros de carácter personal y profesional, pudieron motivar la redacción del texto, del que parece que quiso llegar a

hacer una segunda edición. A los posibles condicionantes internos y externos de Tarsia añade Lepe García ciertos apuntes acerca del dominio de la vasta obra quevediana (aunque con lagunas) que anticipan el contenido del segundo apartado. Todo ello sin dejar de recalcar el objetivo del texto: el encomio del biografiado, de quien pudo contar—gracias a su estrecha relación con don Pedro Aldrete y Carrillo— con información personal y manuscritos. A partir de estos datos, Tarsia buscó realizar una estratificación de sus textos y obrar como crítico literario (en ocasiones indirecto), objetivo siempre supeditado al propósito laudatorio de la figura y obra de Quevedo.

El segundo de los apartados («Semblanza biográfica de Pablo de Tarsia: un napolitano en la corte española», pp. 25-34) se adentra en la historia del sacerdote, especialmente en el período vivido en la corte española desde 1644, que inició como secretario y letrado de Giangiolamo II Acquaviva de Aragón. Culto, erudito y con una producción fundamental para conocer la historia del reino de Nápoles, Lepe García hila con gran destreza numerosos datos de su vida con otros de la de Quevedo; a ellos remitimos para poder profundizar en ambas biografías determinadas por la política, el destierro (real o próximo) y las avenencias y desavenencias con contemporáneos en la corte madrileña. Para concluir la síntesis biográfica de Tarsia, la editora recoge cronológicamente —y sintetiza a pie de página— sus obras, empezando por aquellas publicadas y localizadas, entre las que destacan en número los memoriales.

«La apología como factor estructurante» (pp. 34-42) se centra en la *inventio* y la *dispositio* del texto, y retoma el objetivo apologético como condicionante de ambas dimensiones del discurso. Este tercer apartado contiene una exhaustiva descripción de dichas vertientes y de aquellos elementos que pudieron condicionarlas, especialmente en lo que afecta a los preliminares. Lepe García precisa que la redacción de la obra pudo producirse «en un período aproximado de tres años, entre 1658-1659 —puede que incluso un poco antes— y 1661-1662», simultaneándola con la de otros de sus textos (pp. 34-35). A su vez, menciona algunos aspectos elocutivos con gran peso en esta biografía que, en palabras de la editora,

se erige con esta imagen metafórica en parte del museo de Quevedo otorgando gloria mutua a ambos autores. No cabe duda de que Tarsia vio en esta obra la oportunidad de culminar triunfalmente su carrera literaria tal como queda sutilmente de manifiesto en el prólogo: «deseando colocarlo en lo más público de la noticia humana». Su interés estriba en contar al mundo las virtudes y los estudios de Quevedo para convertirlo en modelo de imitación, pero también para cubrirse con los laureles de gloria. En el proemio igualmente son reseñables otras cuestiones destacadas, como el inusitado propósito de erigir a Quevedo en modelo de conducta, la gratitud hacia don Pedro Aldrete o el elogio a sus antepasados (p. 35).

Lepe García no duda en plantear ciertos interrogantes necesarios que abren paso a futuras investigaciones; sugiere que «cabe pensar que tras la obra de Tarsia se encuentra un mentor, alguien muy cercano a Quevedo e interesado en limpiar su imagen y por consiguiente la de toda su familia, y este personaje podría ser el mismo don Pedro Aldrete, a quien dedica Tarsia su obra» (p. 36). De hecho, parece unirlos un idéntico objetivo, pues en la biografía y *Las tres musas últimas castellanas* asoma «un mismo espíritu compositivo» (p. 37). Tener a Aldrete como fuente no evitó que Tarsia encontrara algunas carencias de información; de ahí, quizás, que remita a una posible segunda edición en la que pretende mejorar el trabajo realizado. Su propósito sería, por tanto, «mostrar al mundo una biografía completa, acabada, acorde con el encargo recibido» (p. 40).

El cuarto de los apartados del estudio, cuyo título («La verdad de las mentiras», pp. 43-48) resulta *a priori* más opaco que los restantes, se centra en lo paradójico del texto de Tarsia. El capítulo comienza aludiendo a la dimensión mítica de Quevedo que el italiano quiso construir, ayudado por la fábula y alejándose en ocasiones, «intencionadamente o por desconocimiento, de la verdad biográfica» (p. 43) para ensalzar a Quevedo o amenizar o impresionar a los lectores. Le sigue coherentemente el apartado centrado en «El estilo discursivo de Tarsia: en la senda del barroco literario» (pp. 48-55), aporte fundamental al estudio de la dimensión elocutiva en la obra del italiano, abordada en un trabajo previo de Lepe García (2018)<sup>10</sup>. En este caso, a sus preferencias de estilo se unen las características determinadas por el género biográfico, aunque no por ello deja de recurrir a su propia voz, que «traspasa en ocasiones el discurso externo»; de hecho, Tarsia tiende a situarse como testigo de los acontecimientos (p. 48). A ello se añaden tópicos y recursos, mucho de ellos de modestia, acompañada paradójicamente por una erudición desarrollada a través de mecanismos de mayor oscuridad y de citas de autoridades bíblicas, clásicas y contemporáneas. Además de por las tendencias de su tiempo, el estilo está influido por el «encomio acorde con la finalidad ensalzadora» (p. 51) que rige la obra pese al objetivo informativo; de ahí el predominio de la hipérbole y de todo aquello que pueda conceder mayor autoridad a Quevedo o «consagrarlo definitivamente en el mundo de las letras e integrarlo en el canon literario hispano» (p. 53). Claridad, detallismo, ingenio y erudición parecen estar en la base de un estilo que persigue el encomio y la persuasión y donde recursos predilectos de la prosa áurea —como la analogía, la dilogía, la metáfora, la alegoría o la ya mencionada paradoja— también están presentes (pp. 53-54).

10. «La *Vida* de Quevedo por Pablo de Tarsia: un discurso apologético», en *Vidas en papel: escrituras biográficas en la Edad Moderna*, ed. Valentín Núñez Rivera y Raúl Díaz Rosales, Huelva, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva / *Etiópicas. Revista de Letras Renacentistas* (Anejo 11), 2018, pp. 191-204.

El último de los apartados, el más breve, se centra en las «Directrices de la crítica: en el desenmascaramiento del genio» (pp. 55-56). Como señalábamos, resulta innegable la influencia de Tarsia en la crítica actual, que, pese a haber tenido que «desvelar las capas legendarias», no deja de concederle el mérito de tener la «voluntad de construir con los materiales recopilados el primer relato de la vida del escritor y su primer retrato» (p. 55), donde destacan las siguientes palabras: «en lo más principal de su persona concurrieron todas las señales que los fisónomos celebran por indicio de buen temperamento y virtuosa inclinación» (p. 177). El estudio se cierra cíclicamente con una síntesis del objetivo y el valor de la obra de Tarsia, quien alargó la leyenda generada por el propio Quevedo:

forjar un retrato holístico del escritor, en el que se integren de manera sintética, dejando a un lado las dualidades, todos los antagonismos personales y literarios, y ofrecer la imagen única, rica y compleja de un autor que supo mostrar con su vida y su obra una visión global de la realidad de su época (p. 56).

Certeramente separados del prólogo y el estudio encontramos los rigurosos criterios de edición (pp. 57-59), que «siguen las normas establecidas para el Proyecto *Vida y Escritura* I (VIES), basadas en los criterios de la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española» (p. 59). No por ello dejan de explicitarse dichos criterios de acentuación, puntuación, ortográficos, de referencia a la edición original o de traducción de textos latinos. Se aclara la consulta de «la edición de Ravasini *et al.* [2015], con especial atención a los textos en italiano, cuya traducción española, incorporada en nota, se debe a Maria D'Agostino» (p. 59). A estos criterios sigue la bibliografía (pp. 61-73); las referencias son numerosas pese a la escasez de trabajos centrados en la obra de Tarsia, que se complementan con otros sobre la figura y obra de Quevedo.

Resulta innecesario apuntar que, junto al estudio, el grueso de la obra lo constituye la cuidada edición y el contenido del texto *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas* (preliminares, *Vida*, carta de Quevedo a don Antonio de Mendoza, pp. 75-192); ahora sí, fijado y pulido siguiendo los criterios ecdóticos presentados e indicando «el número de folio (preliminares) o de página (texto) de la edición original» (p. 59). A él remitimos para profundizar en la figura de Quevedo, tanto por su rigurosidad como por las notas que lo acompañan. Estas abordan su *inventio*, *dispositio* y *elocutio* desde distintas perspectivas. Son abundantes las referencias a la historia familiar de Quevedo y Tarsia y a los textos subyacentes en las palabras de este último, así como las aclaraciones léxicas y de lingüística histórica y los apuntes acerca de aquellas lagunas, erratas e imprecisiones (involuntarias o supeditadas a una intención)

presentes en la biografía. A su vez, la anotación permite al lector aproximarse al pensamiento y recursos predilectos de Tarsia, y contribuye a esclarecer el significado de ciertos pasajes notablemente marcados por la intención laudatoria de su autor, especialmente presente —como indica la editora en nota— en pasajes como el siguiente:

Con muy debido aplauso recibió España todo lo que salió de la pluma de este autor; alabando sus estudios y estimando sus [45] virtuosos empleos, sin ceder a ninguna de las naciones que se esmeraron tanto en hacer aprecio de las obras de don Francisco, a quien hasta hoy nadie ha llevado ventaja en la noticia que ostentó de todas las cosas, tan cabal que habló y escribió con suma propiedad aun en los oficios y artes más mecánicas de la República, con admiración de sus mismos profesores (p. 115).

Tras el texto de la *Vida* encontramos el breve aparato crítico (p. 193), que completa la edición y concuerda con ella en rigor y profesionalidad. En definitiva, estamos ante un trabajo de innegable interés y calidad, y cuya exhaustividad se refleja tanto en el estudio preliminar como en las notas explicativas, desarrolladas con pertinencia. Por todo ello, la edición de *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas* de Pablo Antonio de Tarsia llevada a cabo por María Rocío Lepe García no solo suple una notable carencia en los estudios auriseculares, sino que se convierte en un texto de consulta obligada para los estudiosos de la figura del madrileño y de su primer biógrafo conocido.

Iria PIN MOROS  
Universidade de Santiago de Compostela